

compasivas, mas tiernas y sujetas á su religion que los hombres. La santa Iglesia las honra y distingue llamándolas *el sexo devoto*. Así tambien parecen mas inclinadas al engaño, á la simulacion, á la ira y á la venganza, con la que se pudieran probar, en caso de ser esto una verdad demostrada, que la alma de las mugeres tenia alguna diferencia de la nuestra; mas no es así, como te lo haré ver.

No se puede negar la dependencia recíproca que tiene el cuerpo del espíritu, y este de aquel, quiero decir, somos compuestos de dos naturalezas enteramente distintas, cuales son la material y la espiritual: como las dos estan tan íntimamente unidas, cualquiera de las dos influye en su compañera de un modo tan continuo como maravilloso. Apénas se enferma el cuerpo, cuando se resiente el alma y se entristece; y ves aquí que la tristeza del alma no la origina otra cosa que la enfermedad ó daño que padece la porcion material del cuerpo. Por el contrario, recibe el hombre una fuerte cólera, una pesadumbre muy vehemente, las cuales son pasiones á que está sujeto el espíritu, y al instante, sin que ninguna cosa material toque

al cuerpo, este enferma, padece, y á ocasiones es tan terrible la alteracion de la máquina, que se desorganiza toda el mecanismo de la vida, y muere el paciente en el momento.

En esta inteligencia, dicen muchos sabios que la causa de que en las mugeres se adviertan estos vicios ó aquellas virtudes con mas frecuencia que en los hombres, no es otra que la diversa organizacion de sus cuerpos; y así deducen, por ejemplo, que si la muger es mas tímida que el hombre, es porque su constitucion fisica es mas débil.

Yo convendré con esta opinion de buena gana, pero limitándola á ciertas y determinadas circunstancias, y jamas concediendo la extension y generalidad que algunos han pretendido. Yo permitiré sin repugnancia que la alteracion del cuerpo de la muger influye algunas veces poderosamente en su espíritu, ya se considere esta alteracion natural, ó ya casual por una enfermedad que la predisponga, y si se quiere, que la precipite á cometer algunos excesos, que ó no cometeria un hombre, ó quizá los cometeria con ménos facilidad; mas no concederé que la alma de

muger siempre que quiera hacer buen uso de la razon no tenga bastantes fuerzas para vencerse sobre la particular influencia de su cuerpo. Si esto no fuera una verdad inconcusa, las mugeres serian en lo general ménos responsables que los hombres ante Dios del desarreglo de su conducta moral, teniendo por absoluta disculpa el ser mugeres; lo que no es así, pues á todos obliga la ley, y todos tenemos á proporcion los auxilios necesarios para observarla.

Bien conozco que esta es una materia que por lo sería acaso te será fastidiosa; pero si la escuchas y la masticas con atencion, te facilitará muchos principios para que no incurras en mil groseros errores en que incurren muchas mugeres solo por no querer instruirse en ellos.

De ninguna manera me disgusto de tus conversaciones, decia Matilde, y seria una necia y mal agradecida si á modo de lechuza me incomodara con la luz, solo porque mis ojos no estaban acostumbrados á verla. Lo contrario; yo me engolosino en escucharte, y siento no comprender cuanto me dices; pero por eso te pregunto, y en prueba de ello quiero que con algun

ejemplo me confirmes en las dos cosas que me has dicho. La primera, que una enfermedad ó la natural constitucion, ó formación del cuerpo de las mugeres influye algunas veces en ellas, de modo que cometen algunos y determinados excesos con mas frecuencia que los hombres; y la segunda, que á pesar de la natural ó accidental influencia del cuerpo de la muger sobre su espíritu, puede esta haciendo buen uso de su razon, vencerse, y no hacer aquello á que la instiga la organizacion natural ó la particular enfermedad de su cuerpo: yo no comprendo cómo pueda ser eso, y quisiera oir una prueba de esta verdad.

No sabes cuanto gusto me das, respondia el coronel, cuando me hablas con esa claridad; pues el que despues de oir propone dudas y hace preguntas, da á entender que escuchó con cuidado y se penetró de la conversacion. Así pues tú has entendido bien cuanto te he dicho; pero te hace fuerza cómo el alma de la muger por sí misma, con solo el auxilio de la razon pueda vencer aquellas instigaciones violentas, á cuya ejecucion se siente como obligada por la inmediata influencia

de su cuerpo. Para acceder á esta opinion me pides un ejemplo: solicitud muy justa, pues los ejemplos valen mas para convencer el entendimiento que las teorías mas elocuentes.

Por eso te voy á demostrar con un caso que nos refiere la historia; entre otros muchos, cuan poderosamente influyen las particulares afecciones del cuerpo de la muger sobre su espíritu, y cuanta virtud tenga este ayudado de la razon para dominar el poderío de aquella influencia.

Todos los médicos saben que las mugeres en el tiempo de la pubertad estan sujetas á padecer una enfermedad terrible que se conoce con el nombre de *furor uterino*, el cual es un delirio ó frenesí que las hace cometer por obra ó por palabra, mil excesos vergonzosos y repugnantes á toda persona honesta y recatada. La medicina tiene un remedio fácil para curar esta enfermedad; mas nuestra Religion católica justamente lo prohíbe como ilícito, permitiendo siempre que lo substituya el legítimo matrimonio.

Plutarco en su obra de las *Mugeres ilustres*, alabando el natural pudor de la muger, refiere que en la ciudad de Mileto las

doncellas acometidas de esta enfermedad ó locura que te he dicho, se mataban á sí mismas; y eran tan repetidos estos suicidios, que el senado no pudiendo contenerlos, mandó por ley expresa, que la que de esta suerte se matase, fuera paseada desnuda y expuesta en la plaza mas pública. ¡Eficaz remedio! Esto solo bastó para contenerlas, y las que despreciaban su propia vida, no atreviéndose á despreciar su pudor, se abstuvieron de sacrificarse á la desesperacion. Sin duda la vergüenza las volvió en sí, y las hizo entrar por el camino de la recta razon.

Ya ves con este ejemplo probado el poder del cuerpo enfermo de la muger sobre su espíritu, y el poder de este obrando con razon sobre la influencia de su cuerpo. El hecho merece todo crédito por respeto al autor que lo refiere: pero si nos fuera permitido citar otros ejemplos semejantes, ¡cuántas Milesianas hablaríamos entre nosotros, que acosadas de la misma dolencia, saben refrenar su pasion, moderar su apetito y sujetar su inclinacion, hasta el extremo de perder la vida ántes que faltar á las leyes del decoro? Acaso ya me has entendido, y está tu entendimiento satisfecho.

Si está, dijo Matilde; pero del mismo modo quiero estarlo en muchas otras cosas, y así habrás de sufrir que te pregunte.

Pregunta cuanto quieras, decia su esposo, que yo tengo sobrada paciencia para escucharte y mucho gusto en responder á tus preguntas.

Pues oye, proseguia Matilde. Ya entiendo que las mugeres nacimos sujetas á los hombres con una dependencia forzosa, que aunque dictada por la naturaleza y autorizada por las leyes, no nos es indecorosa como dices; pero ahora pregunto: ¿Porqué los hombres por la mayor parte nos han tratado con tanta altanería, y nos han sujetado á sus caprichos valiéndose solo de nuestra natural debilidad, á pesar de conocer que somos iguales á ellos en el alma?

Porque los hombres, respondia el coronel, que así lo han hecho, los mas han sido unos bárbaros, que ó no han escuchado, ó han despreciado los clamores de la naturaleza, y desentendiéndose de estos innatos sentimientos, se han sabido aprovechar de la imbecilidad de las mugeres para oprimirlas; y entiende que bajo el nombre de bárbaros no señalo solamente

á aquellos gentiles paganos, que sin idea de verdadera religion, justicia, ni sociedad, han procedido de este modo bárbaro ultrajando aquellos dignos aunque febles objetos que por otro lado apetecian; no, hija: todo hombre que se vale de la flaqueza de la muger para ofenderla y maltratarla, es un bárbaro y un pícaro, por mas que se llame cristiano y civilizado entre nosotros. ¡Cuántos de estos conoces! Yo ni calumnia, ni desacredito al vecino Ramiro: su esposa es tu amiga, y mil veces se ha quejado contigo del tirano proceder de su marido. Aunque ella no te hubiera revelado sus desdichas, á mi y á tí nos son bastante públicas. Sabemos que el marido está entretenido; que cuanto adquiere es para su dama; que á sus hijos y muger legítima los tiene desnudos y muertos de hambre; que jamas les hace el mas mínimo cariño y agasajo; y que despues de este indigno proceder, por la mas mínima friolera la riñe, la golpea y la obliga á quejarse con nosotros á cada instante. ¡Cuántas veces ha venido la infeliz muger á pedirte un trapo con que cubrirse, y un bocadito con que alimentar á sus criaturas! Su marido es un español, un

cristiano, un bien nacido, y, como dicen, un hombre decente; ¿y dirémos que este cumple con las obligaciones de un noble, de un católico y de un hombre de bien, criado en la culta sociedad? De ningún modo. Este es un pícaro, un vil, un infame, un irreligioso y bárbaro, pues abusa de la bondad y debilidad de su esposa para hacerla infeliz hasta lo sumo. ¿No le basta al hombre abandonado ser infiel á su muger y descuidarse con sus hijos? ¿No le basta ser mal marido y ser mal padre? ¿aun es preciso que se constituya un verdugo y un tirano cruel y déspota sobre unos entes miserables que no pueden hacerle resistencia? Pues hija, de estos maridos y padres inicuos se ven á miles cada día entre nosotros. Los jueces, las cárceles, los presidios, las calles y las casas son testigos de esta verdad. ¿Antes de je yo de existir, que me cuente en semejante número! Conoce pues, hija mia, que los hombres en todas partes y en todos tiempos han oprimido á las mugeres porque son ellas débiles, no porque ellos hayan obrado ni obren con justicia; pero esperen y teman que aquel Ser soberano que es justo y recto por esencia, algun día tomará

en ellos una cruda venganza de los injustos agravios que han inferido á unas criaturas tuyas que tal vez no han tenido otro delito para sufrirlos que ser de una constitucion mas débil; porque Dios que lo puede todo, es el que se reserva la venganza del que no puede nada.

De todo lo expuesto debes deducir en primer lugar, que la muger es inferior al hombre en cuanto al cuerpo, pero igual en todo á él en el espíritu. Una señorita no podrá levantar del suelo un tercio de seis ú ocho arrobas de peso, que un arriero alza con la mayor ligereza sobre el lomo de una mula; pero será capaz de penetrarse de una pasion amorosa y honesta, de derramar lágrimas de ternura sobre un infeliz, y de ejecutar los actos mas piadosos de virtud, quizá con mas verdad y mas sensibilidad que el mismo arriero, cuyo espíritu, aunque igual en la sustancia, tal vez no está adornado de los mismos sentimientos, ó no los posee en igual grado.

En segundo lugar debes advertir, que solo los salvages en los montes, y los necios y pícaros en las ciudades, desprecian, escarnecen y maltratan á las mugeres solo porque lo son y porque no tienen su-

ficiente vigor á resistirlos; pero el hombre civilizado y que conoce las leyes de la humanidad y del honor, jamas abusa de su debilidad para ultrajarlas; ántes bien las aprecia, las honra y las defiende de los insultos que les infieren los malvados. Las leyes civiles decididamente las protegen.

Finalmente, deben entender, y no es en vano repetirlo, que si los hombres las han separado de la guerra y del manejo de los negocios públicos, no es esto un efecto de desprecio, sino de respeto á su débil constitucion, y para reservarlas para aquellos objetos, á cuya conservacion la naturaleza privativamente las destina.

Yo quedo convencida, dijo Matilde, de que somos inferiores á los hombres por la debilidad de nuestro cuerpo, pero iguales á ellos por la naturaleza de nuestras almas, y á veces superiores á muchos por los dotes del espíritu.

Quedo tambien entendida de que esta debilidad no es un motivo para que nos insulten y desprecien, sino mas bien una recomendacion para que el hombre culto nos compadezca y estime en todos casos. Todo esto está entendido, pero dime: ¿esta debilidad de que se valen el salvaje gro-

sero y el ciudadano pícaro para oprimirnos como dices, es de tal gerarquía que por sola ella muchos hombres de nuestros paises no solo nos estimen y respeten, sino que se nos humillen y casi nos adoren en lo público? ¿Tan buenos son los hombres de mi tierra? ¿tan compasivos, atentos y rendidos? ¿tanto es el privilegio que concede á la muger la debilidad de su sexo, que por otra parte la hace inferior al hombre? ¡Oh! si los hombres obran con sinceridad como nosotras, ¡feliz es nuestra inferioridad, y dichosa la débil constitucion de nuestro cuerpo!

Iba el coronel á responder la graciosa ironía de su muger, cuando lo embarazó un accidente que sabrá el lector en el capítulo que sigue.

CAPITULO V.

En el que se trata un asunto de gravísima importancia.

Acabamos de decir que iba á contestar el coronel á la irónica pregunta de su esposa, cuando entró en nuestra sala una criada de D.^a Eufrosina dando unos gritos desaforados. Corra su mercé, decia,